



Este artículo es una publicación de la Corporación Viva la Ciudadanía
Opiniones sobre este artículo escribanos a:

semanariovirtual@viva.org.co

www.viva.org.co

Voltaire* : Tolerancia, ilustración y Derechos Humanos

Julio César Carrión Castro
Universidad del Tolima

En la biografía que escribiera del filósofo de Ferney, David Federico Strauss dice que tal vez no haya habido en el mundo (que todavía es el actual) hombre más censurado, difamado, vituperado, condenado y hasta maldecido como Voltaire. Quienes se han propuesto históricamente reivindicar su nombre han tenido que enfrentarse a los muchos enemigos que provocara su ilustración, su ingenio, su irreverencia y su sarcasmo. Temibles enemigos que ayer lo recluirían en la Bastilla, ordenaban su exilio y la quema de sus libros y que hoy pretenden condenarlo al imposible destierro del olvido.

El azaroso presente, con sus vicisitudes, adversidades y contradicciones, no logra acostumbrarnos del todo a la irracionalidad ni a la barbarie, y aún somos capaces de asombrarnos de que obras como Los versículos satánicos, de Salman Rushdie, causen tanto escozor entre los fundamentalistas musulmanes por el presunto agravio a sus creencias; nos asombra también la persistencia, e incluso la renovada vigencia, de anacrónicas instituciones como el llamado Tribunal del Santo Oficio, que bajo la tutela de la Congregación para la Doctrina de la Fe opera entre los católicos, haciendo gala de una enorme obsesión por la censura y promoviendo excomuniones y persecuciones entre quienes se aparten de la ortodoxia. En fin, nos aterra la intolerancia soterrada o abierta que en todo el mundo pesa sobre la libertad de expresión y el derecho a disentir.

Cuando los defensores de las verdades reveladas, las verdades oficiales y las verdades de partido, continúan llenando el infierno y las mazmorras de apóstatas, disidentes y renegados, se yergue inconmensurable la figura del escéptico, del heterodoxo por antonomasia, la histórica figura del multifacético Francisco María Arouet, universalmente conocido como Voltaire, profeta desarmado del Iluminismo, que sustentó todo su proyecto de vida en la posibilidad del triunfo de la razón sobre la barbarie, el fanatismo y la intolerancia.

El nombre escogido de Voltaire ha provocado no pocas conjeturas e hipótesis. Algunos afirman que se trataba del nombre de una vieja propiedad familiar, otros sostienen que simplemente era una abreviatura de su apodo escolar, le volontaire -el voluntarioso- o de un anagrama formado por las letras que integran la frase Arouet le jeune (Arouet el joven). Fernando Savater, nos hace pensar en las sonoridades que tiene el nombre Voltaire: Revolter: sublevar,

revelar; o Voltiger: voltear, dar vueltas. Precisamente el imperativo categórico, el compromiso ético e histórico de Voltaire fue con el cambio, con la sublevación, con la transmutación de todos los valores.

Comprender el pensamiento de Voltaire reclama entender la evolución histórica del Siglo de las Luces, no se pueden separar las ideas de este hombre que con justicia presta su nombre a todo el siglo XVIII del fluir constante, incesante, febril de ese mundo; de las circunstancias económicas, culturales, políticas y sociales que le correspondió vivir, socavar y ayudar a construir como un moderno Prometeo.

Voltaire, como ningún otro de los llamados Filósofos de la Ilustración, preludia con su obra la ideología y los hechos que más tarde enfrentarían al Antiguo Régimen, incapaz ya de impedir el ascenso de las nuevas formas productivas; a la aristocracia monárquica y al clero holgazán y mañoso, empotrados en sus privilegios, en sus canonjías y en el fanatismo; a esa hasta entonces inamovible dictadura espiritual de la Iglesia y a un brutal sistema penal represivo que negaba al hombre. La corrupción feudal era el sostén de Francia y de toda la Europa en el siglo dieciocho, y ahora comenzaba a venirse abajo, siendo Voltaire el instigador de ese derrumbe.

Como lo indicara el gran Víctor Hugo, Voltaire, solo, teniendo allí, a su vista, reunidas todas las fuerzas, la corte, la nobleza, la banca; este poder inconsciente, la ciega multitud; esta aterradora magistratura, tan pesada para los esclavos, tan dócil para el dueño; ese clero, siniestra muestra de hipocresía y de fanatismo; Voltaire, solo, declaró la guerra a esa coalición de todas las iniquidades sociales, a ese mundo enorme y terrible y aceptó la batalla. ¿Y cuál era su arma? Aquella que tiene la ligereza del aire y el poder del rayo. Una pluma. Con esta arma combatió; con esta arma venció.

La vida entera de Voltaire -que nace el 21 de noviembre de 1694 y muere el 30 de mayo de 1778- fue un permanente combate. Inicialmente enfrentó a su padre, que le quería jurista, contra su anhelo de dedicarse a la literatura; después cultivaría con gran deleitación durante su prolongada existencia un sinnúmero de enemigos y contradictores que le incitaron todo el entusiasmo de su sátira y toda la vehemencia del desprecio, que después renovarían amplificados esos otros demolidores del Ancien Regime, Danton, Marat y Robespierre.

Este irreductible pendenciero, acusado de escribir libelos contra el régimen, fue huésped de la Bastilla en 1717 a los 22 años, edad en que muchos no han conseguido hoy zafarse de las naguas maternas.

Algunos años más tarde, a raíz de la querrela con un noble, se vio expulsado de Francia y se refugió en Inglaterra, donde habría de desplegar todas las posibilidades de su espíritu, bajo el influjo del empirismo de Locke, la física de Newton, la literatura de Swift y Pope y, en general, del sinnúmero de procesos revolucionarios que se vivían en la isla.

Voltaire vive por cerca de tres años, entre 1726 y 1729, en la efervescente Inglaterra. Fruto de este beneficioso exilio serían las Cartas filosóficas, en que planteará los temas principales por los que combatirá toda su vida. Con las Cartas filosóficas (o Cartas inglesas, como también se les conoce) Voltaire -al decir de Gustavo Lanson- ejercitaba el derecho de pensar en voz alta sobre todas las cosas sustraídas hasta entonces a la discusión pública.

Las veinticinco osadas e irreverentes cartas “señalaban todo un programa revolucionario”. El hombre ya desde entonces es el centro vital de su filosofía y de su acción. Las cartas recorren el panorama de las confrontaciones que habría de continuar hasta la vejez. Contra la superstición y el fanatismo proponen la tolerancia religiosa, contra los privilegios feudales de la monarquía francesa elogian la forma del gobierno inglés; hablan de libertades políticas, de literatura y estética, de mejorar la condición humana, y hablan también del método experimental, establecen la relación entre el pensamiento racionalista francés y el empirismo inglés. Voltaire mezcla, peligrosamente, a Descartes con Bacon, con Locke y con Newton. Las cartas son la primera bomba lanzada contra el Antiguo Régimen. Con ellas se inician los combates por la Ilustración. Por ser “obra de escándalo, contraria a la religión, a la moral y al respeto debido a los poderes establecidos”, el libro fue quemado públicamente, su editor fue detenido y se ordenó el arresto del autor, quien tuvo que huir.

Hombre paradójico y multidimensional

Voltaire cultivó casi todos los géneros literarios: la epopeya, la tragedia, la historia, la poesía, la filosofía. Pero es quizás en el cuento y en el género epistolar donde lo podemos encontrar más del gusto actual (escribió más de doce mil cartas y sostuvo correspondencia con más de setecientas personas). Viajó por Holanda, Inglaterra, Prusia, Suiza, y fue amigo de monarcas ilustrados como Federico el Grande de Prusia y Catalina de Rusia.

Hombre paradójico, contradictorio, circunstancial, lleno a la vez de generosidad y mezquindad, intrigante, adulador, oportunista. Halagó a Madame de Pompadour (favorita del Rey Luis XV y quien ejercía gran influencia en la política de Francia) para obtener el nombramiento de historiador oficial. Decía sin ningún empacho: Para conseguir la más pequeña fortuna, vale más decir cuatro palabras a la querida de un rey que escribir cien volúmenes. Fue un hombre profundamente religioso que combatió la religión; intolerante defensor de la tolerancia, fanático contra el fanatismo, pregonó la igualdad como un derecho natural, pero se oponía a la democracia defendiendo, sin mucha convicción, el despotismo ilustrado. Ante estas paradojas tan evidentes en el talante y el comportamiento de Voltaire afirma René Pomeau: Al acostumbrar a los franceses a la falta de respeto a los príncipes, éste monárquico está preparando el terreno de la República, de la misma manera que, aunque deísta, trabajaba en realidad a favor del ateísmo.

El sutil recurso de las ironías, del sarcasmo, del doble sentido, las alusiones y la polisemia de sus frases, no son más que el reflejo de un carácter mudable y asistemático que, en todo caso, constituyó la razón y la sinrazón de su tiempo.

Alguien dijo de él: Su cerebro no cobija sólo un espíritu, sino todos los espíritus juntos que celebran allí sus aquelarres.

Hombre ubicado en su época, abierto a cuanto ocurría a su alrededor, siendo el mundo tan cambiante y diverso él lo asumió desde su personalidad versátil y multifacética. Decía: Hay que ensayar en el alma todas las formas posibles, Dios nos ha confiado el fuego y debemos alimentarlo, con lo más precioso de cuanto encontremos. Hay que hacer entrar en nuestro ser todos los modos imaginables, abrir todas las puertas del alma a todas las ciencias y a todos los sentimientos. A condición de que todo no entre en confuso montón, hay en ella lugar para el mundo entero.

Voltaire fue un hombre universal, fue la negación del especialismo, de la fragmentación y unidimensionalidad, ahora la única identidad de la lisiada humanidad que vive en el capitalismo tardío, dentro del círculo diabólico de la productividad y el consumismo.

No sólo Voltaire sino todo el movimiento de la Ilustración carece de coherencia y sistematización filosófica. No existe en los pensadores de la Ilustración el rigor del cartesianismo, que les antecedió, o del kantismo, que les sucedió; hay, si se quiere, carencia de profundidad pero cuidado y belleza en las expresiones literarias y, lo más importante, es el interés político emancipatorio el que guía toda la praxis libertaria de los filósofos del Siglo de las Luces.

Los principios básicos de la Ilustración se establecieron al calor mismo de la confrontación, en el proceso de la lucha, a través de la crítica cultural y social en que se empeñaron hombres contradictorios como Voltaire, descreídos y ladino, pero no indiferentes ni evasivos ante la suerte de sus semejantes; hombres insertos en la realidad social que les correspondió vivir y frente a la cual buscaban hacer más grata la vida sobre la tierra, reflexionando acerca de los orígenes de la irracionalidad humana y fomentando el espíritu dubitativo y burlón, en lucha abierta contra el delirio de las ortodoxias que causan el terror, las torturas y las persecuciones, promovidas siempre por los que disponen de una fe; por los iniciados, los virtuosos, los dueños de las verdades colectivas, los profetas de la salvación, los comités centrales, los secretarios generales y los usufructuarios de algún poder, que es lo que en últimas garantiza el éxito de las misiones y de las cruzadas.

El Iluminismo, o la Ilustración, irrumpe con sus exigencias de libertad y autonomía para los individuos, exigencias que desembo- carían en la gran Revolución Francesa, sepulturera del Antiguo Régimen.

La Ilustración, con la divisa que más tarde sintetizara Emmanuel Kant: ¡Sapere aude!, ¡ten el valor de servirte de tu propio entendimiento!, se propuso alcanzar el reino de la libertad sobre la base de la racionalidad, lo que implicaba una ardua tarea a favor de lo que posterior- mente se llamaría Los Derechos del Hombre.

Síntesis de sus convicciones

El ideario primordial de la Ilustración, que representó Voltaire, se podría condensar en los siguientes puntos:

1. Separar la ética de las ideas religiosas. Buscar una ley moral universal.
2. Extensión de las ciencias y del método experimental en sustitución de la metafísica.
3. Obtención de una imagen secularizada, profana, laica del hombre y de la realidad mediante la explicación naturalista e histórica, repudiando el providencialismo, la escatología, la teleología y los determinismos historicistas.
4. Confrontación a todos los dogmatismos y fanatismos, difundiendo la más amplia tolerancia religiosa y política.
5. Separación del poder temporal respecto del poder espiritual. Supremacía de la autoridad civil sobre la eclesiástica. Autonomía del individuo en la toma de sus decisiones.
6. Crítica despiadada a las supersticiones, al terror, a la intolerancia y al poder absoluto de los Estados.
7. Aspiración a una sociedad más justa mediante la intervención de la razón como fuerza histórica a favor del progreso.

Ya hemos planteado que Voltaire no fue un pensador sistemático. No obstante, la reiterada exposición de su ideología es “un acto de fe en el hombre”, que él sustentaba en la más rigurosa afirmación de terrenalidad contra toda explicación metafísica, sobrenatural o impositiva. Su enemigo irreconciliable fue la Iglesia, a quien denominó La Infame. Lanzó como consigna de guerra la exclamación: ¡Ecrasez l'infâme!, - Aplastemos a la Infame-.

Sus combates se enfilaron insistentemente contra la Iglesia, a la que señalaba como fuente de la superstición y del fanatismo que impedían el triunfo de la razón. Como lo expresa André Maurois, es necesario hojear sus innumerables escritos de circunstancias, efímeros de asunto pero no de forma, y hacerse cargo de la influencia ejercida sobre la opinión por un periodista genial que, manejando incansablemente el mismo tema, pudo durante más de veinte años sorprender, agitar y dominar Francia.

Es precisamente el Voltaire breve, el Voltaire periodista, el que más vigencia y significación tiene en el presente. Como si se tratara de redactar columnas editoriales, escribió uno de los libros que mayor influencia ejerciera en su tiempo: El diccionario filosófico, obra cuya primera edición apareció en 1764 en forma anónima y de la que negó tercamente su paternidad sin convencer a nadie. El diccionario filosófico es una colección de temas cortos tratados con erudición, humor y falta de respeto a todo lo considerado sagrado e intocable. Sin organización ni estructuras definidas, aboca los más distintos temas que estimó pertinentes para demostrar los errores de la intolerancia y del fanatismo.

El diccionario es un cáustico bre- viario de sus convicciones, destinado a fortalecer la libertad de pensamiento. Su confección responde al mismo modelo y a los mismos intereses de la Enciclopedia que editaran Diderot y D'Alambert y para la cual escribió también polémicos artículos.

El diccionario lo seguirá complementando en las sucesivas edi- ciones hasta 1770, comprendiendo finalmente tres tomos, con más de trescientas cincuenta variadas acepciones. En riguroso orden alfabético, trata temas aparentemente tan disímiles e inconexos como el amor, la autoridad, la democracia, la guerra, la herejía, la ignorancia, la inquisición, la literatura, la moral, la patria, la risa, la tortura, la virtud, y muchos otros que sólo su maravillosa pluma podía mezclar eficazmente. Esta obra fue la expresión fehaciente de su más completa ilustración.

Los Cuentos filosóficos o pequeñas novelas escritas por Voltaire, constituyen una bella galería de múltiples situaciones supuestamente ligeras en donde se retrata la vida mundana del autor, con sus angustias, desilusiones y esperanzas, enlazadas todas por la ironía y el escepticismo. Todos los cuentos constituyen invariablemente una especie de diatriba contra el optimismo teleológico y de apología del pesimismo. Los más conocidos son Zadig o el destino, El mundo tal como va, Memnon o la sabiduría humana, Micromegas, Historia de un buen brahmin, El ingenuo, El hombre de los cuarenta escudos, Bababek y los fakires, La princesa de Babilonia y el archiconocido Cándido o el optimismo.

Zadig o el destino es una dura crítica a los llamados designios de la Providencia. En este corto relato asume Voltaire, como más tarde lo hiciera Nietzsche, una concepción trágica de la vida, aceptan- do la miseria y el dolor sin recurrir a la esperanzadora redención cristiana. Voltaire repudia todo determinismo, todo fatalismo en el destino humano.

Micromegas, cuento escrito posiblemente bajo el influjo de Los viajes de Gulliver de Jonathan Swift, trata de un gigante de ciento veinte mil pies de altura procedente de un planeta cercano a la estrella Sirio, que luego de haber sido expulsado de su planeta por ofender al rey vaga visitando otros mundos y así llega al nuestro, acompañado por un habitante de Saturno, una especie de enano dado que sólo alcanza seis mil pies de estatura. El cuento es una despiadada burla volteriana a la condición humana, a esos pequeños insectos que provocan desencanto y desconsuelo al gigantón, quien no podía creer que “los infinitamente pequeños tuviesen un orgullo casi infinitamente grande”.

En El ingenuo toca Voltaire una temática que pertenece entera- mente a las preocupaciones fundamentales del siglo XVIII; nos narra el choque entre el hombre civilizado, cristianizado, y “el buen salvaje”. Es decir, se inmiscuye con ánimo polémico en los planteamientos de Juan Jacobo Rousseau. Esta es otra de las paradojas en la vida de Voltaire que pueden resultar odiosas para muchos pues el cuento, que apareció en 1767, había sido precedido por las disputas y la ruptura definitiva con Rousseau.

Una breve reseña de esta ruptura es la siguiente: En 1750 el joven Juan Jacobo Rousseau (tenía 38 años y Voltaire 56) obtuvo el premio de la Academia de Dijon con su Discurso sobre las ciencias y las artes en donde manifestaba: Nuestras almas se han ido corrompiendo a medida que nuestras ciencias y nuestras artes han avanzado hacia la perfección. Posteriormente, y continuando con la temática de invalidar el criterio optimista del “progreso” sustentado en el triunfo de la razón que pregonaban los demás filósofos de la Ilustración, publicó en 1754 el Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres, en donde con genial intuición premarxista, señalaba que el origen de la desigualdad entre los hombres nace de la existencia de la propiedad pero insistía en el enjuiciamiento a la civilización y proponía la formación de un hombre diferente, en una especie de retorno a la naturaleza.

El pobre Rousseau cometió la imprudencia de enviar su obra al que consideraba su maestro, y éste le respondió mediante una carta en que le decía: He recibido señor su nuevo libro contra el género humano. Yo se lo agradezco. Agradará usted a los hombres, a quienes les dice sus verdades, pero no los corregirá. No se puede pintar con colores más fuertes los horrores de la sociedad humana, de la cual nuestra ignorancia y nuestra debilidad se prometen tantos consuelos. No se ha empleado jamás tanto espíritu en querer convertirnos en bestias. Se sienten deseos de marchar en cuatro patas cuando se lee su obra. Sin embargo, como hace más de sesenta años que yo he perdido la costumbre, siento desgraciadamente que es imposible volverla a adquirir y dejo esta marcha natural a quienes sean más dignos que usted y que yo. Yo no puedo embarcarme para ir a encontrar los salvajes del Canadá. En primer lugar, porque las enfermedades con que estoy agobiado me retienen cerca del más grande médico de Europa y no encontraría los mismos auxilios entre los Missouris (...) Y más adelante concluía: Las letras alimentan el alma, la rectifican, la consuelan, ellas le sirven a usted señor, durante el tiempo que escribe contra ellas. Usted es como Aquiles, que se arrebató contra la gloria, y como el padre Malebranche, cuya imaginación brillante escribe contra la imaginación (...)

Esta bella aunque perversa carta, sumada a las contradicciones surgidas a raíz de un pequeño poema escrito por Voltaire sobre el terremoto que azotó a Lisboa, (Sobre el desastre de Lisboa, 1755) en el cual niega la Providencia, que Rousseau defendía, provocó un irreconciliable odio entre dos de los más grandes hombres que produjo el siglo XVIII en Europa. Refiriéndose a ésta disputa dice David Federico Strauss: Voltaire hizo, como era usual en él, más ruido que Rousseau, pero no se puede desconocer que ambos pecaban por igual en lo tocante al desconocimiento de su adversario y al odio contra él. Para que el flagrante contraste de sus temperamentos y concepciones se hubiese resuelto de un modo amistoso, complementándose el uno al otro, habrían tenido que ser los dos hombres de una nobleza de espíritu comparable a la de Goethe y Schiller, cosa que ambos distaban mucho de ser.

Cándido o el optimismo, genial cuento que apareció en 1759, fue la respuesta, jovial pero a la vez amarga, que arrojó Voltaire al melancólico Rousseau y, paradójicamente, a todo el medio intelectual que le rodeaba; tanto a los

seguidores del optimismo metafísico que opinaban, con Leibniz y Wolff, que nos encontramos en “el mejor de los mundos posibles”, bajo la armonía preestablecida por Dios, y que el hombre siempre avanza direccionado hacia el bien, a pesar de todos los contratiempos e impedimentos, como a los revolucionarios enciclopedistas, que sustentaban su prédica en el optimismo del poder invencible de la razón y en la absoluta confianza en el progreso, sustentado en el desarrollo de las ciencias.

La obra pertenece al género de novelas de aprendizaje o formación: Trata de un adolescente -Cándido- que cargado con todas las ilusiones de su edad, en busca de su propia identidad e ilusionado por el amor a Cunegunda, la hija de un barón en cuyo castillo vivía como arrimado, se enfrenta, no sólo a ese dificultoso romance sino al dolor, al vicio, a la miseria y al horror de un mundo que no es como lo pinta su maestro Pangloss, incorregible optimista, quien, a pesar del cúmulo de desgracias que lo agobian sigue convencido de la “perfección del mundo”. Frente a ese optimismo exagerado se encuentra la réplica antagónica del pesimismo trágico que representa Martín, filósofo maniqueo que considera que el hombre ha nacido para vivir en las convulsiones de la inquietud o en el letargo del hastío. En este desolado panorama de contradicciones irreductibles aparece como un rayo de luz la ponderada invitación que nos hace Voltaire a cultivar nuestro jardín. Esa es la divisa de un egoísmo ilustrado y activo, no de la quietud del nihilismo ni del conformismo. Egoísmo ilustrado y antropocentrismo que confronta tanto a la resignación al sufrimiento que predica el cristianismo como la misma ilusión determinista del “progreso”.

Voltaire elimina las estrechas convicciones militantes, el gregarismo y las esperanzas trasmundanas, dando un profundo sentido vitalista y humanista a su proyecto, que no es una candorosa utopía, como muchos creen, sino la más seria afirmación de la libertad individual, más allá de las concepciones liberales del individuo abstracto, sujeto solamente de contratos, pero no radicalmente libre y autorrealizable.

El pesimismo ilustrado de Voltaire

La filosofía de Voltaire reconcilia al hombre con su terrenalidad. Su individualismo es radical, en una convocatoria supremamente sencilla. Es la exhortación a la acción desde el pesimismo. La vida puede ser mejorada por el trabajo y el esfuerzo común, en que cada uno tiene su parte. Dice: El trabajo aleja de nosotros tres grandes males: el tedio, el vicio y la pobreza. Según Flaubert esta es una conclusión “estúpida como la vida”. En el mundo nos acosan innumerables males. En la mayoría de los casos nos es imposible corregirlos o acabarlos, pero algunos de ellos dependen de nosotros y podemos remediarlos mediante nuestra intervención directa. Esta es la propuesta volteriana.

Como dice Fernando Savater, el optimista es el que se para porque él quiere el bien o nada. Y como nada está bien, cae en la tendencia suicidaria. El optimista es el que cree que existe un bien político alcanzable por todos. El pesimista, en cambio, piensa que las cosas tienen siempre el máximo de

probabilidades de ir mal: No hay una situación por mala que sea, que no pueda empeorar. Entonces, al ver que las cosas aún tienen salidas, se siente estimulado a la acción desde el pesimismo.

Es en torno a esta meridiana concepción volteriana del papel del hombre en la historia, que se debe considerar su quehacer como historiador. Un estudio del Voltaire historiador, así fuese somero, merecería un capítulo aparte. En todas sus obras de teatro, filosóficas, en sus cuentos, se descubren los profundos conocimientos que poseía de la historia.

Su concepción de la historia se aleja del providencialismo y de las explicaciones teológicas; intenta una proyección de ésta mediante la investigación filosófica, hermenéutica, de los hechos del pasado y los acontecimientos concretos del presente que le correspondió vivir. Teniendo, eso sí, el proyecto del hombre autónomo como centro fundamental de su explicación. Su historia es un abierto rechazo a toda teleología y al determinismo.

A partir de Voltaire la historia es la defensa de la Razón y de la Ilustración, frente al oscurantismo y al terror.

Escribió, entre otros libros, una Historia de Carlos XII, El siglo de Luis XIV y un Tratado sobre las costumbres.

Con el Ensayo sobre las costumbres, escrito en 1756, inaugura Voltaire algo así como una historia de las mentalidades y de la cotidianidad; perseguía una historia que informara sobre el surgimiento y modificación de los hábitos, el pensamiento y las opiniones de los hombres, siempre en busca de la ilustración y la cordura. Dice allí: La historia no es más que una maraña de crímenes, de necedades y desastres, entre los que se descubren de vez en cuando algunas virtudes y algunos tiempos venturosos, como atractivas viviendas humanas diseminadas en medio de un desierto. Vemos como los errores se enlazan a los prejuicios y los dos juntos expulsan a la verdad y a la razón. Vemos como los listos y los afortunados cargan de cadenas a los débiles y aplastan a los infelices; y, sin embargo, esos hombres afortunados no son tampoco más que juguetes en las manos de la fortuna, como los esclavos a quienes sojuzgan. Al cabo, los hombres van abriendo un poco los ojos ante el espectáculo de sus necedades y desventuras; las sociedades van rectificando con el tiempo sus ideas y los hombres aprenden a pensar poco a poco (...) pero el mundo marcha lentamente a la cordura sin que podamos estar nunca seguros de las recaídas, pues, desgraciadamente, parece como si las torpezas estuviesen destinadas a reaparecer de tiempo en tiempo en la escena universal.

Ya en Voltaire se encuentra presente la tesis, que más tarde difundiría Sigmund Freud en su obra El malestar en la cultura, al decir que en la conformación misma de la civilización está instalada la barbarie.

[OBJ]

Esta concepción de la historia no solo encierra la promesa del "triunfo de la razón", que tanto animó a los revolucionarios burgueses; también contiene los antecedentes de propuestas de lucha por el reino de la libertad, en abierta

confrontación a las posibles recaídas en la barbarie (como lo demostró el triunfo del fascismo y su rediviva presencia en los diversos centros de poder contemporáneos). Propuesta que Marx a través de Hegel, retomaría y que resume Horkheimer al decir: El horror ante la expectativa de un período autoritario en la historia mundial, no impide la resistencia (...) el pensar mismo es ya un signo de resistencia, el esfuerzo de no dejarse engañar más. El pensar no se encuentra llanamente en contra del orden y la obediencia, sino que los pone siempre en relación con la realización de la libertad.

Voltaire como historiador, al decir de algunos de sus críticos, oscila entre “el pesimismo y la esperanza”. Pero el pesimismo en que Voltaire nos educa, como ya lo dijimos, no es quietista, no es nihilista. Es un reto a la acción a favor del sueño libertario y del deseable triunfo del espíritu.

Voltaire y el amor

Como lo ha expresado el profesor Rubén Jaramillo Vélez, Voltaire llevó una vida intensa y fecunda, “en la cual las pasiones y la sensualidad ocuparon un lugar destacado”. A los 19 años, en Holanda, se enamoró de Olimpia Duyoner, hija de un ilustre refugiado protestante, algo mayor que él y a quien llamaba cariñosamente Pimpette. Olimpia le dejó y terminó casándose con un noble cortesano. Se entretuvo entonces y hasta llegó a amar a la señorita de Livry, que aspiraba a consagrarse como actriz mediante el apoyo del autor que le dedicaba algunas de sus malas y fracasadas tragedias. Voltaire joven, mimado de los círculos sociales, halagó a muchas damas que gustaban de su graciosa y agradable compañía.

Tuvo aventuras amorosas con cortesanas, actrices y otras féminas de diversa condición, categoría y clase social; sostuvo relaciones con la esposa del presidente del Parlamento de Rouen, la marquesa de Bernières, también con la actriz Adrienne Lecouvreur, amante del noble aquel que le hizo llevar a la Bastilla, de donde salió para su exilio en Inglaterra.

A su regreso el escándalo provocado por la publicación de sus Cartas filosóficas en 1734, le obligó a huir de París y refugiarse en Lorena, en el Castillo de Cirey, de propiedad de Florian-Claude, marqués de Châtelet, militar activo y esposo de Gabrielle-Emilie, genial mujer que hablaba varios idiomas, estudiosa de las matemáticas y, conocedora de la obra de Newton, seriamente comprometida en la labor de su difusión y divulgación. Era una mujer intelectual y sensual -escribe André Maurois-. Agradable mezcla. Amaba los libros, los diamantes, el álgebra, los trapos y la física. No tardó Voltaire, ya cuarentón, en pasar de la admiración a la marquesa, -de 27 años- a un tempestuoso romance, que se extendió por cerca de quince años, decía: Que afortunado soy, poder admirar a quien adoro.

Voltaire y Emilia fueron amantes consentidos por el marido de ésta. El marqués de Châtelet -dice Joseph Barry- estaba orgulloso de que su esposa hubiese elegido a un compañero intelectual tan eminente como Voltaire, y que él la hubiese elegido. Pero esta larga relación no estuvo exenta de enredos y complicaciones.

Instalados en Cirey, los intelectuales amantes se consagraron a estudiar y a escribir, sin que el ocupado y discreto marqués interfiriera en sus múltiples actividades. Voltaire continuaría sus constantes peleas contra las autoridades, contra los poderes de la monarquía, de la nobleza y del clero, huyendo siempre de uno a otro escondite pero sin abandonar jamás sus combates y su producción intelectual. Entretanto él y la marquesa ensayaban otras diversiones y entretenimientos. En 1744, a los cincuenta años de edad, halló Voltaire en brazos de Madame Denis, su recientemente enviudada sobrina una muy libertina distracción. Intercambió con ella cartas de amor, escritas casi siempre en italiano y cargadas de un intenso erotismo. Desde luego Voltaire no era el amante ideal para una mujer joven, pero era rico, famoso y generoso, y todo parece indicar que Mme. Denis era astutamente interesada. Se complementaba con otros amantes (protegidos de Voltaire), evitó volver a casarse y esperó...

Por su parte Emilia ensayó varios romances con hombres jóvenes y destacados, como científicos, matemáticos y escritores; finalmente se encaprichó con el marqués de Saint-Lambert, hasta el punto de quedar encinta de éste, a la edad de cuarenta años. Entre Saint-Lambert, Voltaire y la marquesa urdieron un astuto plan que llevó a hacer creer al viejo marqués de Châtelet que él era el causante de dicho embarazo. Sin embargo, pocos días después de dar a luz una niña la marquesa moriría, sumiendo a Voltaire en un profundo desconsuelo. Culpó a Saint-Lambert. Le dijo: Ah, amigo mío, vos me la habéis matado (...)

A pesar de su dolor, poco tiempo después le escribiría a su sobrina diciéndole (...) De Cirey iré a París para abrazaros y encontrar en vos mi consuelo, la única esperanza de mi vida (...) Lloradme un día como lloro yo a Madame de Châtelet. Sólo entonces, a la muerte de la marquesa, aceptó Voltaire la invitación de Federico el grande de Prusia y accedió a trasladarse a Berlín, lo que había pospuesto muchas veces, merced a la tenaz oposición de la marquesa. Entre 1750 y 1753 vivió en Prusia, ayudando a Federico en sus versificaciones en francés. Pero también tendría que huir de Berlín cuando concluyó la fascinación y el atractivo en la corte de Potsdam. Terminó refugiándose -a los sesenta años- en Suiza, a las orillas del lago de Ginebra, en una propiedad a la que llamó Las delicias, que esperaba le sirviera de escondite, aunque sólo lo fue momentáneamente porque también el gobierno de Ginebra decidió perseguirlo por sus opiniones. No encontrando tranquilidad ni sosiego optó por adquirir otra madriguera, esta vez en territorio francés, del otro lado del lago: el Castillo de Ferney, en donde viviría el resto de su vida, en compañía de su astuta sobrina.

Es durante su prolongada estancia en Ferney que este viejo sacerdote del anticlericalismo, rodeado de sus dos sobrinas y de otras mujeres jóvenes, recibiendo visitas de intelectuales y hombres de Estado, escribiendo mucho, polemizando y divirtiéndose, habrá de desplegar la plena madurez de su crítica, de su escepticismo, de su inmodestia y de su militante vitalismo. Decía: ni la vejez ni las enfermedades me dominan.

El Voltaire de Ferney es el verdadero Voltaire. Es allí donde elaborará las más importantes de sus concepciones y quizá las más significativas de sus obras. Allí escribió El diccionario filosófico, el Ensayo sobre las costumbres y la mayoría de sus cuentos, en especial -a los sesenta y cuatro años- Cándido, que es, como ya dijimos, el compendio de sus convicciones filosóficas y de su pesimismo ilustrado.

Escepticismo y tolerancia

Sometido a constantes destierros y confinamientos se recluyó, ya viejo, como lo hemos visto, en el Castillo de Ferney, que por su posición estratégica cerca de la frontera le permitía pasar fácilmente de Francia a otra de sus propiedades, Las Delicias, en territorio suizo. Esta situación le facilitaba la huida. Decía: Yendo así de una madriguera a otra, me salvo de los reyes y de los ejércitos. Y es que este malicioso y comprometido anciano no perdió jamás su espíritu de combatiente. En la intención de querer remediar lo que estuviese a su alcance desde su jardín, Voltaire emprendió un arduo trabajo de polémica por la reivindicación de quienes eran atropellados por una criminal judicatura puesta al servicio del fanatismo y de la intolerancia. En contra de la injusticia y a favor de la esperanza libró memorables batallas por hombres que le eran desconocidos pero a quienes se sentía unido por lazos de humanidad. Voltaire hizo suya, como nadie, la máxima de Terencio: "Hombre soy y nada de lo humano me es ajeno".

La indignación de Voltaire frente a la pena de muerte, la tortura oficial y los crímenes de Estado se puso de manifiesto en las airadas protestas por la ejecución de Juan Calas, arbitrariamente acusado por el clero y por las turbas fanáticas de católicos de Tolosa de haber dado muerte a su hijo, supuestamente porque éste quería renunciar a su credo protestante. Calas fue sometido -como cientos de hombres y mujeres lo fueron bajo la Inquisición, aún activa en vida de Voltaire- a un infamante suplicio digno de hacer parte de la historia universal del horror.

Este hecho y muchos más en los que actuó Voltaire como defensor de oficio ante el tribunal de la historia, le acreditan como el más grande enemigo del sectarismo y de la intolerancia. Fruto de estas contiendas fue su Tratado de la tolerancia, en donde afirma que sólo la tolerancia puede hacer soportable la vida en sociedad, que nadie debe creer que sabe más que los demás y que la razón está sólo en él, y propone que vale más servir a Dios con sencillez, cumplir los deberes de la sociedad (...) y ser justos y benéficos sin pertenecer a ninguna facción, que entregarse a opiniones fantásticas que conducen a las almas débiles a un entusiasmo destructor y a las más detestables atrocidades.

Por conquistar la tolerancia, Voltaire acepta utilitariamente el deísmo como freno moral; sin embargo, el estatuto de una ética civil está presente en el conjunto de su obra. Para Voltaire Dios es un asunto práctico, que le permite fundamentar la tolerancia universal. En el capítulo Oración a Dios del Tratado de la tolerancia, dice: No nos has dado el corazón para aborrecernos y las manos para degollarnos. Haz que nos ayudemos mutuamente a soportar el fardo de una vida penosa y pasajera; que las pequeñas diferencias entre los

trajes que cubren nuestros débiles cuerpos, entre nuestros insuficientes lenguajes, entre nuestros ridículos usos, entre nuestras imperfectas leyes, entre nuestras insensatas opiniones, entre nuestras condiciones tan diversas unas de otras a nuestros ojos y tan iguales ante Ti; que todos esos pequeños matices, en fin, que distinguen a los átomos llamados hombres, no sean señal de odio y persecución; que los que encienden cirios a pleno medio día para celebrarte, soporten a los que se contentan con la luz de tu sol.

Aunque los enfrentamientos de Voltaire a la barbarie y al oscurantismo le generaron más apoyo popular que sus libros, no los produjo con ánimo de figurar o distinguirse, se jugaba la vida y debía esconderse. Su táctica era: Grita atrevida y fuertemente todo lo que tu corazón sienta. Tira la piedra y esconde la mano. Además abominaba de los héroes: detesto a los héroes: hacen demasiado ruido en el mundo.

Voltaire fue un escéptico total que se opuso por principio a las facciones, a las sectas, a las militancias políticas, religiosas o de cualquier otra índole. Su obstinada militancia fue precisamente contra la ciega obediencia y contra el sectarismo.

El ideal del Siglo de las Luces fue cosmopolita, universalista; las mitologías patrióticas o nacionalistas no pertenecieron al ideario de la Ilustración. Montesquieu afirmó: me considero hombre antes que francés, porque soy necesariamente hombre, mientras nací francés por azar. Diderot dijo: Ya no hay patrias, de un polo al otro, sólo veo tiranos y esclavos. Y Voltaire señaló: Es triste que muchas veces para ser un buen patriota sea necesario ser enemigo del resto de los hombres... el que deseara que su patria no fuese nunca ni más grande ni más pequeña, ni más rica ni más pobre, ese sería el verdadero ciudadano del universo. Ser ciudadano del mundo era precisamente su divisa. Tal vez bebiendo de este manantial llegó a plantear Marx: Se acusa también a los comunistas de querer abolir la patria, la nacionalidad. Los obreros no tienen patria. ¡No se les puede arrebatarse lo que no poseen!

En Ferney Voltaire vivió como un patriarca, querido y respetado por los sectores cultos e intelectuales pero profundamente odiado y temido por la infamia y por todos los tiranos, hasta el día de su muerte acaecida el 30 de mayo de 1778, a los 83 años y seis meses, no sin antes haber sido aplaudido y coronado en un homenaje que se le ofreció en París en el mes de marzo de ese mismo año.

El clero parisino le negó la sepultura y tuvo que ser enterrado fuera de su ciudad, pero en 1791 la Asamblea Constituyente ordenó que sus restos fueran trasladados al Panteón. Después, durante la Restauración, su tumba fue violada y sus restos profanados.

A pesar de las mazmorras, de las constantes persecuciones, de los destierros; de la quema de sus libros, de las profanaciones y en general del visceral odio histórico de sus enemigos, su memoria y su obra perduran.

Conclusión

Voltaire y los demás filósofos de la Ilustración prepararon con su vida y su obra el derrumbe del viejo régimen y la construcción del nuevo. Los albores de ese nuevo mundo fueron vistos por Voltaire y lo presagió en 1767: Desde hace quince años se está produciendo una revolución en los espíritus que marcará una gran época. Los gritos de los pedantes anuncian el gran cambio igual que los graznidos de los cuervos el buen tiempo. En 1778 muere Voltaire, once años antes del asalto al poder en busca de la libertad, la igualdad y la fraternidad. Pero el triunfo de la Revolución Francesa no habría de significar el triunfo de la Ilustración, ni de la tolerancia, ni del humanismo, bien lo sabemos.

Como lo señala Teodoro Adorno, la filosofía, que en el siglo XVIII, a pesar de la quema de libros y de hombres, inspiraba a la infamia un terror mortal, se había pasado ya bajo Napoleón al partido de ésta. Incluso la escuela apologética de Comte usurpó la sucesión de los inflexibles enciclopedistas y tendió la mano a todo aquello contra lo cual éstos habían combatido.

Podemos afirmar que ésta cultura que aliena y empobrece el espíritu engendra por sí misma el terror y la barbarie. Hay todo un retroceso en el campo del rescate de la dignidad humana; el legado de Voltaire aún no se realiza.

Hoy, cuando la autonomía individual se ha convertido en un impedimento para el proceso productivo y la concepción que se tiene del progreso, cuando la racionalidad económica impide la individuación, elimina las diferencias imponiendo el uniformismo y la administración total. La censura, la regulación social y la represión generalizada e interiorizada han provocado personalidades adaptadas dócilmente a una cotidianidad planificada, a unos roles prefijados. Con un supuesto sentido de realismo la gente acepta esta irracionalidad como “lo racional”.

De esta manera se ha ido haciendo anacrónica la lucha por la autonomía y por los derechos humanos, que parecen ser ya asunto de otras épocas y de otros hombres, meros requisitos formales para las evaluaciones internacionales o fuente de recursos para algunas organizaciones gubernamentales y no gubernamentales.

La apatía reina entre los hombres del presente, que ya no quieren ganar el Reino de la libertad porque consideran que “estamos en el mejor de los mundos posibles”, porque los hombres-masa no son más que marionetas manipuladas del consumismo, del productivismo, de la tecnocracia y de los medios de comunicación.

Hombres cosificados de hoy que ven en el proyecto de Libertad, Igualdad, Fraternidad sólo una excéntrica utopía irrealizable. Demencial uniformismo y regarización en torno a mitos colectivizantes, agresivos, que convocan a la manada humana a defender indistintamente las tradiciones, la democracia, la nación, los valores occidentales y cristianos o la patria socialista del mañana. Poco importa, de lo que se trata es de establecer rebaños, no individuos.

Pero como claramente lo expresaran Horkheimer y Adorno en la Dialéctica de la Ilustración, la causa de la regresión del iluminismo no debe ser buscada tanto en las modernas mitologías nacionalistas, paganas, etc., elegidas deliberadamente con fines regresivos, como en la propia Ilustración paralizada por el miedo a la verdad.

Proponer hoy la vigencia de Voltaire, de su ideario político, de la Ilustración y de la Tolerancia, no es una concesión que se haga a viejas teorías ancladas en el pasado y los recuerdos sino un reto al futuro para intentar realizar las seculares esperanzas emancipatorias de la humanidad. Significa la afirmación de un novedoso proceso revolucionario, de una lucha cultural que no busque “el calor de los rebaños” sino que, sustentándose en las lecciones de Cándido persiga la más auténtica autorrealización de individuos capaces de cultivar su propio jardín no en el sentido de autoexcluirse o marginarse sino, por el contrario, para alcanzar la suma sinérgica de sus opciones políticas de crítica y de oposición a ese biopoder que nos agobia, para establecer redes y tramas de resistencia e intercomunicación para buscar la posibilidad de construir un mundo mejor que éste del capitalismo tardío que nos ha tocado soportar. Voltaire fue un combatiente solitario en constante lucha por la dignidad y por la libertad. Vale la pena, en la oscuridad de este presente retomar la llama viva de su antorcha.

Textos consultados

- BARRY, Joseph. Voltaire y la marquesa de châtelet. En Revista ViejoTopo No 79 Barce- lona, España. Septiembre de 1994.
- BRONOWSKI, Jacob. y MAZLISH, Bruce. La tradición intelectual de occidente. ED. Norte Sur, Madrid 1963.
- CASSIRER, Ernst. La filosofía de la Ilustración. Fondo de Cultura Económica. México 1981.
- CIORAN E. M. Adiós a la filosofía. Alianza Editorial. Madrid 1980.
- FORERO BENAVIDES, Abelardo. Cromwel Y Rousseau. Sin.
- GOULEMOT, J.M. y LAUNAY M. El siglo de las luces. ED. Guadarrama. Madrid 1969.
- HORKHEIMER, Max y ADORNO Theodor. Dialéctica de la Ilustración. Editoria Trotta. Madrid 1994.
- HORKHEIMER, Max. El Estado autoritario. ED. Argumentos. Bogotá 1983.
- JARAMILLO VÉLEZ, Rubén. En los trescientos años del nacimiento de Voltaire: la lucha por la tolerancia. En Revista de la Universidad de Antioquia No 237. Medellín, julio 1994.
- LANSON, Gustavo. Voltaire. Genio de la razón y de la luz. Compañía general de ediciones. México, 1950.
- MASON, Haydn. Voltaire. ED. Salvat, Barcelona 1986.
- MAUROIS, André. Voltaire. ED. Juventud. Barcelona 1965.
- OCÁRIZ BRAÑA, Fernando. Voltaire: Tratado sobre la tolerancia ED. Magisterio español. Colección crítica filosófica. Madrid 1979.
- ROUSSEAU, Juan Jacobo. Obras. ED. Porrúa. México 1971.
- SAVATER, Fernando. En Revista Cromos 1989. Entrevista. y Prólogo a las Cartas filosóficas de Voltaire. Alianza Editorial Madrid 1988.
- STRAUSS, David Federico. Voltaire. ED. Grijalbo. México 1958.

VOLTAIRE. Cuentos escogidos. ED Bruguera Barcelona 1968.
————— Cartas filosóficas. Alianza editorial Madrid 1988.
————— Diccionario filosófico (3 tomos).Editorial Araujo. Buenos Aires.
1944. ————— Cándido. Ediciones Quetzal. México 1952.
————— El siglo de Luis XIV (Prólogo: Discursos de Víctor Hugo) Ediciones
Orbis. Barcelona, 1986.
————— Cartas filosóficas y otros escritos. ED. Sarpe. Madrid 1983. ———
—— Tratado de la tolerancia. Ediciones Siglo Veinte. Buenos Aires. 1944.

*Tomado del libro Sombras de humo editado por la Universidad del Tolima
2006 (páginas 309-332)

Conferencia. Publicada, en una primera versión, por la revista Humanidades y
Ciencias Sociales de la Universidad del Tolima No 10 Abril 1991.

Edición N° 00426 – Semana del 21 al 27 de Noviembre – 2014